

El Experimento Filadelfia: Teletransportación o confusión magnética

10 de julio de 2026



Octubre de 1943. Estados Unidos está en guerra, los submarinos alemanes acechan el Atlántico y, según la leyenda, la Marina prepara algo que suena menos a estrategia militar y más a magia negra con uniforme: hacer invisible un destructor entero. El barco se llama USS Eldridge, código DE-173. La escena, repetida durante décadas, tiene todos los ingredientes de un expediente prohibido: bobinas gigantes, científicos nerviosos, marineros aterrados y una luz verdosa envolviendo el casco como si el océano estuviera abriendo una puerta.

El mito dice que el 28 de octubre de 1943, en el Astillero Naval de Filadelfia, el Eldridge no solo desapareció del radar. Desapareció de la vista. Luego, como si alguien hubiera cortado y pegado la realidad, apareció durante unos minutos en Norfolk, Virginia, a más de 300 kilómetros. Después volvió. Y ahí la historia deja de ser asombrosa para volverse pesadilla: marineros fusionados con el metal, hombres que enloquecieron, cuerpos que se volvían invisibles sin control. Ciencia, horror y conspiración servidos en la misma bandeja.

La chispa pública llegó en 1955, no desde un laboratorio, sino desde unas cartas extrañas. Un hombre llamado Carl Meredith Allen, que también firmaba como Carlos Miguel Allende, le escribió al astrónomo y escritor Morris K. Jessup. Jessup había publicado un libro sobre ovnis, y Allen le contó que había visto, desde otro barco mercante, el SS Andrew Furuseth, cómo el Eldridge se evaporaba. Para darle dramatismo, sus cartas estaban llenas de mayúsculas, advertencias y frases como escritas por alguien que acababa de salir corriendo de un cuarto cerrado.

Después vino el detalle que hizo que el mito se volviera inmortal: la llamada edición Varo. En 1957, la Oficina de Investigación Naval recibió un ejemplar del libro de Jessup lleno de anotaciones misteriosas en tres estilos de escritura. Parecía un diálogo secreto entre personas que sabían demasiado. La Marina imprimió unas pocas copias mimeografiadas para estudiar el asunto. Y cuando una institución militar fotocopia un libro raro, internet todavía no existe, pero la conspiración ya está naciendo.

- Un barco real: el USS Eldridge.
- Un testigo dudoso: Carl Allen.
- Un escritor intrigado: Morris K. Jessup.
- Un procedimiento real de guerra: reducir la firma magnética de los buques.

Entonces, ¿hubo teletransportación? ¿O estamos ante una de las mejores confusiones magnéticas del siglo XX? La respuesta empieza con una palabra muy poco cinematográfica: desmagnetización.

Desmagnetización: el truco real detrás del humo verde

La desmagnetización no abre portales ni dobla el espacio. Es mucho más humilde, y justamente por eso resulta tan útil para desmontar el mito. Durante la Segunda Guerra Mundial, los barcos de acero podían activar minas magnéticas. Imagine una mina como un perro guardián dormido en el fondo del mar: no ve, no oye, pero siente el campo magnético de un casco enorme pasando por encima. Si la señal magnética era suficientemente fuerte, la mina explotaba. La solución fue envolver los buques con cables eléctricos para cancelar parte de ese campo, como cuando usamos auriculares con cancelación de ruido: no eliminan el sonido del mundo, producen una señal opuesta que lo reduce.

Ese proceso, llamado degaussing en inglés, sí se hacía en la guerra. Era secreto, tenía cables, bobinas, corriente eléctrica y podía generar escenas raras para quien no entendiera qué estaba viendo. Un marinero mirando desde lejos podía observar equipos eléctricos, técnicos trabajando y

protocolos reservados. Con suficiente rumor, eso se convierte en invisibilidad. No invisibilidad óptica, sino invisibilidad ante minas. Pero la palabra invisible es peligrosa: entra por una puerta técnica y sale por una ventana de ciencia ficción.

El USS Eldridge existió, pero su diario no acompaña la leyenda

El USS Eldridge fue un destructor escolta real, construido por la Federal Shipbuilding and Drydock Company en Newark, Nueva Jersey. Fue botado en julio de 1943 y comisionado el 27 de agosto de ese mismo año. Sus registros navales, consultados durante décadas por investigadores y periodistas, no lo ubican evaporándose en Filadelfia el 28 de octubre. En esa etapa, el barco realizaba pruebas, entrenamiento y movimientos ordinarios propios de una nave recién incorporada. Nada en los diarios de cubierta confirma un salto instantáneo a Norfolk.

La Marina de Estados Unidos negó oficialmente el experimento en varias ocasiones. Y aquí conviene hacer una pausa: que una institución niegue algo no prueba automáticamente que diga la verdad. Los gobiernos han ocultado programas reales, desde pruebas nucleares hasta operaciones de inteligencia. Pero en investigación histórica no basta con decir: si lo niegan, entonces pasó. Esa frase es un billete falso con cara de lógica. Se necesita documentación, testigos consistentes, restos físicos, registros cruzados. En el caso Filadelfia, lo que aparece es otra cosa: relatos tardíos, contradicciones y mucha niebla narrativa.

Carl Allen: el testigo que escribió el mito

Carl Meredith Allen, nacido en 1925, es la figura clave. Sus cartas a Morris K. Jessup en 1955 mezclaban referencias a Einstein, campos unificados, ovnis y un supuesto experimento naval. Allen decía haber servido en el SS Andrew Furuseth y haber visto el fenómeno desde allí. El problema es que su relato cambió, se volvió más decorativo con el tiempo y no produjo pruebas independientes sólidas. A veces, un mito no nace de una mentira perfecta, sino de una historia lo bastante flexible como para adaptarse a cada audiencia.

Jessup, por su parte, era un personaje vulnerable al misterio. Había escrito sobre objetos voladores no identificados y estaba interesado en ideas especulativas. Cuando recibió las cartas de Allen, no las tomó como simple basura. Después apareció el ejemplar anotado de su libro, enviado a la Oficina de Investigación Naval. Esas anotaciones parecían hechas por tres personas, pero análisis posteriores y comparaciones sugieren que probablemente Allen estuvo detrás de ellas. Es decir: el supuesto coro de informantes secretos tal vez era un solo hombre cambiando de máscara.

El episodio se volvió más oscuro cuando Jessup murió en 1959, en Florida, por suicidio. Para los creyentes del mito, su muerte fue combustible: el investigador sabía demasiado. Para los historiadores, fue una tragedia humana usada como engranaje narrativo. Este patrón se repite mucho en las

conspiraciones: una muerte real se convierte en punto final dramático, aunque no haya una línea comprobable que la conecte con el supuesto secreto.

¿Y el famoso viaje a Norfolk?

Una pieza del mito habla de que el Eldridge apareció en Norfolk y fue visto por tripulantes del SS Andrew Furuseth. Pero los registros disponibles no sostienen esa sincronía. Además, durante la guerra existían rutas interiores y movimientos navales que podían confundir la percepción de distancias y tiempos. No hace falta teletransportar un barco para que alguien crea haberlo visto donde no esperaba. A veces basta con mala memoria, fechas mezcladas y una historia contada años después.

La memoria humana no es una cámara de seguridad. Es más parecida a un editor de video con sueño: corta, pega, mejora el color, agrega música y a veces cambia el orden de las escenas. Cuando recordamos, no abrimos un archivo intacto; lo reconstruimos. Si alguien escucha durante años que un barco estuvo en cierto lugar, puede terminar sintiendo que lo vio. Esto no significa que todos mientan. Significa que recordar es un acto biológico, no una impresión fotográfica.

La ciencia que el mito invoca, y la que realmente existe

El Experimento Filadelfia suele mencionar la teoría del campo unificado de Albert Einstein. La frase suena poderosa, como una llave maestra del universo. En términos simples, Einstein buscaba una forma de describir fuerzas fundamentales dentro de un marco común. Pero eso no implica que se pudiera envolver un barco con electricidad y hacerlo desaparecer. Es como decir que porque entendemos recetas de cocina, podemos hornear una casa. Hay una distancia enorme entre una teoría matemática y una máquina funcional capaz de teletransportar toneladas de acero, combustible, armas y seres humanos.

La teletransportación real existe en física cuántica, pero no como en las películas. Desde experimentos de los años noventa, como los realizados en 1997 por el equipo de Anton Zeilinger y otros grupos, se ha logrado transferir el estado cuántico de partículas. Eso significa transmitir información sobre una partícula, no mover un destructor de un puerto a otro. Si un barco fuera una biblioteca gigantesca, la teletransportación cuántica actual no trasladaría el edificio: apenas copiaría instrucciones extremadamente delicadas de una letra microscópica, bajo condiciones controladas.

También hay fenómenos eléctricos que pudieron alimentar el mito visual. Equipos de alta tensión pueden producir resplandores, chispas o efectos de corona, una luz tenue alrededor de conductores cuando el aire se ioniza. En el mar, de noche, con humedad, tensión bélica y rumores, un brillo verdoso puede convertirse en prueba de otra dimensión. El cerebro humano odia los vacíos. Si ve algo raro y no tiene explicación, fabrica una con los materiales disponibles: miedo, tecnología secreta y una pizca de Hollywood anticipado.

Por qué queremos creerlo

El mito funciona porque junta tres deseos muy humanos. Primero, la sospecha de que los poderosos esconden maravillas. Segundo, la fascinación por una ciencia casi mágica. Tercero, la emoción de estar del lado de los pocos que saben. Creer en el Experimento Filadelfia puede sentirse como encontrar una puerta secreta detrás de una biblioteca. No ridiculicemos eso: todos queremos que el mundo tenga habitaciones ocultas.

Pero investigar es probar si la puerta existe o si solo es una sombra con forma de puerta. Y en este caso, cada pieza sólida apunta a una explicación terrenal: desmagnetización naval, rumores de guerra, cartas de Carl Allen, interpretaciones exageradas y una cultura popular hambrienta de secretos. La película de 1984, las reediciones de libros y los programas de misterio hicieron el resto. El relato pasó de carta dudosa a leyenda global.

- Lo real: barcos protegidos contra minas magnéticas mediante cables y corrientes eléctricas.
- Lo exagerado: llamar invisibilidad a una reducción de firma magnética.
- Lo no demostrado: desaparición óptica, teletransportación y marineros fusionados con metal.
- Lo fascinante: cómo una tecnología militar común puede convertirse en mito paranormal.

El caso Filadelfia nos deja una lección incómoda y liberadora: no todas las historias increíbles son falsas porque sean imposibles, sino porque las pruebas no las acompañan. Y no todas las explicaciones reales son aburridas. A veces, descubrir cómo una mina detecta un barco, cómo un rumor viaja de puerto en puerto y cómo una carta excéntrica enciende una leyenda es más asombroso que cualquier portal. La verdad no siempre teletransporta destructores. Pero sí puede hacernos cruzar, en segundos, de la credulidad al ajá.